

Memorias de un castellano

Vicente Chaperó

PRÓLOGO

Aprovecho esta oportunidad para recordar mi vida a grandes rasgos. Una vida vivida intensamente, con mucha satisfacción y con una mentalidad positiva. Esta pequeña reseña la cuento en dos lugares. Dos naciones donde las experiencias y vivencias se agolpan en mi mente y resurgen a borbotones.

Mis primeros recuerdos quedaron profundamente grabados como para realizar una película de contrastes y de expectativas.

Guatemala, mi segunda Patria. Sometida mi existencia a toda clase de contrastes emocionales y cambios emergentes. Después de 20 años de vida religiosa, tuve una adaptación al estado laico abriéndome paso y haciendo camino para conquistar mis sueños de superación. La ilusión de vivir en libertad y la pasión de realizar las cosas, hizo que mi vida creciera en satisfacciones humanas, profesionales y espirituales. Al escribir esta memoria tan personal y humana, me sentí emocionado y espero que los que la lean se sientan igual que yo.

MISIONERO EN CUBA

Llegué a Cuba en junio de 1953. Una llegada llena de sorpresas. Un calor sofocante que los pulmones no sabían cómo tomar aire fresco. El aeropuerto de Rancho Boyeros reverberaba con ondas visibles de calor.

Los hombres eran negros, para mí gente extraña, y los observaba de pies a cabeza. A todos les llaman Pancho, yo era Pancho. No entendía el significado que le daban a la palabra Pancho. Iba con una sotana negra. Rara vestimen-

ta para ellos y sufrían por verme sofocado. Otro señor gritó: “El ocho, la muerte, el zopilote”. Jerigonzas que no entendía. La sotana negra era símbolo de muerte y en la lotería se gritaba el ocho, la muerte. Nos llevaron a Villa Marista, La Habana. Era la casa del Provincial, el Escolasticado Marista y la casa de los Hermanos Mayores. En pocos días nos darían el destino para trabajar.

Veníamos blancos, blancos, y la gente era morena, morena. Nos tuvieron que proporcionar ropa para el trópico y podernos quitar la sotana. Las primeras impresiones de Cuba, su campo, su vegetación exuberante, sus playas de inmensa blancura y sus aguas tibias.

CAMAGÜEY RECORDADO

Me destinaron a Camagüey, a 600 kilómetros de La Habana. Un colegio grande y muy bien ubicado. Me asignaron un primer grado, yo tenía 19 años. Experiencia inesperada. Setenta alumnos en un aula. Fracaso inicial, tuve que romper los libros de aquella pedagogía represiva. Agarré valor y puse mi carisma en juego. Al final de año era todo un héroe pues me había ganado a aquellos alumnos y a sus mamás por la simple norma de no pegar.

Aquel misionero que venía a las misiones no era más que una ilusión, pues me quedé dando clase a gente pudiente. Para recordar que era misionero, todos los domingos por la mañana iba a un barrio marginal a dar catequesis y animar la misa.

MAESTRO MOTIVADOR

Descubrí que había roto el molde de maestro investigador para ser maestro motivador. El modelo de religioso piadoso y recitador de penas de los demás. Inquieto por el deporte, ganador por coraje y habilidad para el básquet. Comprometido con los movimientos de jóvenes. Cruzado de la eucaristía, motivador de fiestas de jóvenes y reprimido por los superiores.

Seis años en Camagüey viviendo con cierto escepticismo la vida piadosa y absorbiendo la política de un caudillo llamado Batista que ya tenía a los cubanos a parir enanos¹. Los seis años de Camagüey fueron gozosos a pesar de los pesares.

Entregado con fuerza a la educación, un superior comprensivo, una despreocupación por lo material, una alienación religiosa y un desentendernos de

¹ En apuros. (N.E.).

la vida política. Estábamos de cara al Padre y de espaldas al mundo. La buena comida mantenía nuestro corazón contento. Dábamos clase de 8:00 a 12:00 y de 14:00 a 18:00 horas de una manera rutinaria pero terminábamos cansados. Digo rutinaria porque no había casi variantes durante todo el año.

Desde las 5:30 horas que nos levantábamos hasta las 7:00 eran rezos. Teníamos más sueño que vergüenza y caíamos dormidos sobre el reclinatorio. Maitines, meditación, misa. La misa era eterna, un padre escrupuloso que repetía una y otra vez la fórmula de la consagración: “*Hic est corpus meum...*”. El desayuno nos revivía y seguíamos en silencio leyendo la vida de los santos. Pobre la comunicación entre nosotros, sólo por señas. Los santos se reían. Al terminar las clases los alumnos de iban en buses del colegio. Las selecciones del colegio en béisbol y básquetbol se quedaban de 16:00 a 18:00 horas. Corriendo teníamos que bañarnos para ir de nuevo a la lectura espiritual y estudio hasta las 19:00 horas.

La cena era un esparcimiento en medio de tanta plegaria y tan poca vivencia. Después de la cena compartíamos en la azotea el momento más alegre y reposado, por no decir más humano. El hermano Danielón, el más viejo, era un hermano bonachón y muy gracioso contando anécdotas. Nos desternillábamos de risa y a veces nos íbamos a la cama sin completas (*sic*).

El sábado era un día esperado porque había horas libres en las que podíamos revisar cuadernos o hacer actividades varias dentro del colegio. Salir del colegio estaba prohibido, así que lo que pasaba en la ciudad, para los del convento, pasaba inadvertido. Así pasaban los días hasta que llegaba el día de la excursión con los compañeros religiosos.

EL DÍA EN QUE ROMPIMOS EL MOLDE

El día de excursión era en el que rompíamos el molde. Sin sotana, buena comida y bebida. Reírse de todos y de todo. Generalmente íbamos a la finca de alguno de los padres del colegio, de preferencia si tenía piscina o río. Los señores de la finca nos recibían como héroes y organizaban eventos y mataban algún cerdo y nos obsequiaban con productos de la finca. Era el día del “destape”.

Así pasaban los días hasta que llegaban los días de Navidad y nos relajábamos durmiendo un poco más.

Las clases en Cuba empezaban el día 8 de septiembre con la fiesta de la Virgen de la Caridad y terminaba el 13 de junio con San Antonio.

¿Qué hacemos con los frailes para que no los tiene el diablo en vacaciones? Era la preocupación de los superiores. Se organizaban cursos de matemática, química, física y otras ciencias. Estos cursos se daban en Cienfuegos

o en La Habana en el Colegio de la Víbora. Lo pasábamos muy bien porque todos éramos jóvenes. Claro que no faltaban los retiros y meditaciones sobre el infierno, a ver si la muerte nos asustaba.

EXCURSIÓN DE LA SIERRA DE MOA

Con don Max como director hicimos excursiones que se salían de madre. Organizamos un año una excursión a la Sierra de Moa, que es parte de la Sierra Maestra por la otra cara de la sierra. Una excursión de diez días. Catorce religiosos con ganas de aventura. Todos alebrestados² por la aventura y parecíamos dueños de algún circo, así nos dijeron cuando llegamos a una población. El bus llegó hasta un lugar donde teníamos que tomar un camión. Gitanos, porque llevábamos cientos de cosas: camas, ropa, comida, cajas de agua y demás enseres y trepados sobre el camión. Teníamos que dejar el camión y montar una barca porque el camino era inaccesible. Aquí empezó el lío. Se nos había olvidado que en la Sierra Maestra había guerrilleros. En este pueblito o embarcadero había un destacamento de militares. Nos pidieron la identificación pero de los catorce confiados religiosos ninguno tenía un papel o una identificación.

EN EL CALABOZO LOS FRAILES

Un militar bien fornido y con recios ademanes nos indica: “al calabozo”. Allí estuvimos metidos unas cuantas horas, mientras nos dejaron llamar al coronel Aquino del cuartel de Camagüey. El negro militar estaba bien orondo viendo a los catorce religiosos españoles en su calabozo. Pero no se percató de quiénes éramos y qué influencias teníamos. Cuando don Max, el director, le dijo que quería hablar con el coronel Aquino, sí pensó lo que le iba a suceder. Cuando el coronel oyó al director, ordenó que se pusiera al teléfono el encargado. Le dio tal puteada³ que no sabía donde ponerse, ni como pedir disculpas.

Nos reíamos en el calabozo y seguíamos comentando nuestro corto presidio. La iglesia todopoderosa en la cárcel. Era nuestra comidilla. ¿Cómo es posible que no tengamos ningún documento de identificación? Partimos en una pequeña embarcación con todos los tiliches⁴ rumbo a un ferrocarril cañero. El canto y el acordeón de P. Mario sembraban el eco por aquellos campos

² Alborotados. (N.E.).

³ Echar la bronca, reñir a alguien. (N.E.).

⁴ El autor se refiere a baratijas o cachivaches. (N.E.).

fecundos y lejanos. Ahora tocaba subir parte de la Sierra de Moa donde estaría nuestro campamento. La finca estaba entre montañas y ríos. Casi era un lugar agreste, con mucho bosque, ríos de montaña y animales salvajes. Ni nos imaginábamos cómo estaban los caminos para llegar al lugar. Primero en camión fuerte pero sin doble tracción. El segundo camión era un camión grande y fuerte. Nos vimos en eminente peligro porque eran difíciles las subidas y las bajadas eran de peligro. En un momento dado los frenos fallaron y nosotros en un santiamén estábamos saltando al suelo. Después de dos días de sube y baja, llegamos a las dos de la mañana. Los guardianes de la finca nos estaban esperando. La residencia era una casa grande y espaciosa. Lo primero que hicimos fue lanzarnos al agua en unas cristalinas aguas que lamían la montaña. Nos acompañaba una luna llena. Al día siguiente por la mañanita salimos para ubicarnos y ver los alrededores de la casa. Un bellissimo paraje perdido entre las montañas sin persona alguna. De chef teníamos a un negro que lo llamamos “negro zumbón”. Alegre cocinero y delicados platos. Fueron días en que gozábamos por sólo liberarnos de los muros del convento. Rezábamos poco, pero nuestra unión y cariño fue mucho. El hermano Danielón y el “negro zumbón” nos hicieron reír en la noche. El Doctor Viruta era un diálogo entre negros con su dialecto, un sainete burlón y jocoso.

Fueron días en que nos liberamos del estrés, en que nos sentimos más hermanos y menos religiosos. Hasta las vísperas las cantábamos en lengua castellana y los cantos resonaban entre las montañas y el eco nos devolvía la melodía. Yo tenía entonces 21 años y para mí fueron días primorosos que, después de 55 años, recuerdo como si fueran hoy. La comidilla al regreso fue que sólo platicábamos de aquellos días en que perdimos el hábito de ser monjes para ser hombres de bien.

LA PESADILLA DE BATISTA

Después venía la pesadilla de la guerrilla y Batista. Por radio en Sierra Maestra no pudimos oírlo por falta de interés y porque su emisión era por la noche y era el silencio mayor, con lo que era pecado mayor hablar u oír la radio.

Los padres de familia nos contaban como iba la política y el movimiento guerrillero. Sólo recibíamos el periódico “El Camagüeyano” y a veces el “Diario de la Marina”. Nos peleábamos por los periódicos pero cuando llegaba a los jóvenes era a la semana siguiente. Como ejemplo señalar que el hermano Tiburcio se llevaba el periódico al cuarto. Después de un día lo dejaba en la sala de estudios y siempre decía: “cada día trae menos el periódico”.

Embebidos en la docencia y rodeados de tantos muchachos pasaba la política un poco de largo. Yo era fanático del básquetbol y practicaba tiros al

aro en la azotea del colegio. Era un aro ficticio pues sólo era un marco. Tiros en dominada, fintas⁵ y ganchos de izquierda y derecha. Lo cierto es que el sábado tiraba a escondidas la sotana y jugaba en pantalones largos contra los muchachos. Los tenis eran una especie de alpargatas con los que yo rebotaba como con unos resortes, pesaba 130 libras y medía 1,75 metros de altura.

Llegué a salir varias veces en “El Camagüeyano” como el mejor jugador después de Nelson Benedico que era la estrella colegial nacional. Después nos vino el hermano marista Nelson de Vega Pis. Un hermano de 1,98 metros de estatura y basquetbolista del colegio de La Víbora.

Camagüey con don Max fue un colegio moderno y hermanos maristas modernos. Hicimos un gimnasio con tabloncillo que era una maravilla por el año 1956. Formamos un equipo que retaba a todos los gremios de Camagüey con Nelson, Santos, Chapero que éramos las estrellas y de defensas Agustín y Rufino. No teníamos respuesta pero nos hicimos fama en la comarca camagüeyana. También jugamos béisbol pero a los españoles nos costaba agarrar el bate y más atrapar la pelota. Nos gustaba ir de excursión al Central o Ingenio de Vertientes. Ese central azucarero tenía campos de todos los deportes, piscina y lugar para hacer la comida. Aquí tuvimos un juego que siempre recordaremos. Estábamos bateando y Agustín García (el lento de Lantadilla) iba saliendo por la 3.^a base cuando el bate se le escapó al bateador, con tan mala suerte que se partió en la nariz de Agustín y los huesos quedaron incrustados en el bate. La nariz casi colgante y sangrando como un perdido. Lo más insólito es que Agustín no se desmayó y fuerte como un gran boxeador permaneció de pie. Soy de Lantadilla y aquí no hay más que hablar. La excursión se nos aguyó y a casa. Al día siguiente Agustín amaneció hinchado y amoratado y en los ojos con un coágulo de sangre impresionante.

EL PROFESOR MENDOZA SE VA A SIERRA MAESTRA

Así transcurrían los días, cuando una noche de 1958 apareció el profesor Rodolfo Mendoza, profesor de Sociales, para despedirse del colegio, pues se iba de locutor a Radio Sierra Maestra. Me impresioné y me quedé pensando qué cerca de nosotros están los guerrilleros y no nos damos cuenta. A los pocos días se oyó la voz sonora de Rodolfo Mendoza.

⁵ Técnica por la cual un jugador antes de empezar un movimiento no lo realiza hasta el fin, cambiándolo por otro. Es un recurso válido utilizado para desorientar al contrario, cuando la finta es lograda el jugador se encuentra en ventaja sobre el oponente, para realizar el pase, tirar o simplemente esquivar. (N.E.).

Los militares estaban muy aburguesados y los que se atrevían a subir a Sierra Maestra lo hacían nominalmente pues se quedaban en el llano. Pocos creíamos que la guerrilla ganaría la batalla a un Batista y sus coroneles, pero fue de un día para otro que nos vino la noticia.

LA REVOLUCIÓN BAJA AL LLANO

El día primero de enero de 1959 estando en un funeral corría un rumor con una fuerza que levantaba al muerto. “¡Batista se fue! ¡Batista ha huido! ¡Imposible! No lo creo”. Fue una noticia bomba que inundaba las calles de Camagüey. Alegría, sorpresa, expectación. ¿Qué pasará? Día de comentarios del futuro. Sierra Maestra informa que Fidel Castro, con las tropas, baja de la montaña y tomará el poder. Los guerrilleros con sus comandantes avanzaban desde Santiago de Cuba por todas las ciudades. Camagüey era un hervidero de gente que se preparaba para recibir a Fidel. Una locura, una histeria colectiva. El día 4 de enero no cabíamos en las calles y plazas de la ciudad.

LE IMPUSE A FIDEL MI ROSARIO

Nelson y servidor ensotanados atravesamos la Plaza del Ferrocarril para saludar a Fidel, el Che y Cienfuegos. Nelson y Vicente pusieron los rosarios a los comandantes. Curas y comandantes, un binomio perfecto para armar la Revolución. Espada y crucifijo, símbolos del poder. En aquel momento nosotros dos nos creímos también comandantes habiendo dado la bendición a toda la tropa. Ciertamente fue un momento apoteósico y un momento de exaltación a todos los hombres que habían luchado por hacer de Cuba una patria libre. Los tres comandantes impresionaban no sólo por sus barbas, sino por su personalidad fuerte, atractiva con un halo mítico.

Estábamos de vacaciones navideñas y podíamos celebrar la marcha de la Revolución hasta el 6 de enero en que terminaban y apreciaba el discurso kilométrico de Fidel, en el polígono de Columbia donde lo oímos y lo vimos por televisión con emoción.

Nuestro fervor por la Revolución no duró mucho por el análisis que íbamos haciendo, por los discursos cargados de lucha de clases, de odio a los “gringos” y a los terratenientes.

Las mamás de los alumnos estaban embelesadas con la figura de Fidel tan guapo y patriota. Cuando en alguna conversación con los padres de familia advertíamos del peligro, no se lo podían creer.

Cuando nombraron a Dorticós presidente de Cuba y a Rafael Rodríguez como Jefe del diario “Revolución”, puesto que conocíamos a dichos intelectuales, ya nos hizo pensar con mayor argumento que la Revolución tenía un tinte marxista.

RUMBO A CIENFUEGOS

En ese año 1959 me cambiaron los superiores a Cienfuegos. En este año ya hubo padres que fueron apresados por contrarrevolucionarios. Los jerarcas de la Iglesia católica seguían dormidos. El cardenal de La Habana y el nuncio de Su Santidad solamente exclaman “¡Santo cielo!” Fidel Castro, líder muy astuto, envolvía a los dos viejitos cardenales y Fidel se presentó a la misa del Congreso mariano que hicimos en La Habana y con eso ya estaban contentos y no pudieron decir ni una palabra de reflexión.

El curso 59 y 60 se fue complicando. Cuba cercada por los Estados Unidos, Rusia que sale en su ayuda, los latifundistas que emigraron, la educación privada pendía de un hilo, las expropiaciones se estaban dando cada día y la Revolución, más cubana que las palmeras, se fue cambiando por la Revolución Comunista como las palmeras.

La invasión de la Bahía de Cochinos⁶ fue un momento de suspenso para ver qué pasaba o quién ganaba. En Cienfuegos reinaba un silencio sospechoso. Los vecinos ya no gritaban: “Fidel ésta es tu casa”. El aeropuerto de Cienfuegos fue bombardeado y nosotros desde la azotea del colegio viendo el espectáculo. Todas las armas sonaron aquella tarde y Cienfuegos parecía una cohetería. Tiraban al aire, tiraban a los aviones. No se sabe quiénes eran los que bombardeaban. A partir de ese momento las ideologías se marcaron con más ahínco.

HERMANO VICENTE, HERMANO DEL DIABLO

En mi clase de treinta alumnos, tenía dos alumnos que eran fidelistas activos. La clase sí lo sabía. El padre Lence, cura que apoya a Fidel, se presentó en Cienfuegos para animar la Revolución y acusar a los *contra*. Raúl Castro en días anteriores había hablado en un mitin contra los curas. Nos acusó de

⁶ Invasión de exiliados cubanos, propiciada por los EE.UU., que acabó en total fracaso. (N.E.).

farsantes, de personas de doble moral y de reputación sexual desviada. ¡Qué no nos dijo el ratón⁷ de Raúl Castro!

Cuál fuera mi enojo que al día siguiente en la clase de orientación preparé un discurso en contra de la Revolución. Estos dos alumnos fueron a la radio revolucionaria de Cienfuegos y me acusaron de batistiano y *contra*.

Pues este padre Lence en el discurso en la plaza de Cienfuegos me trató de “hermano Vicente, hermano del diablo embaucador de juventudes”. Mis alumnos se enteraron y empezaron las muestras de apoyo. Rezaban en voz alta el Padre nuestro en la capilla a la hora del recreo.

Tiraban pescaditos de papel al subir las escaleras como símbolo de contra la revolución. Otro día al tocar el final del recreo, todos abrazados por los hombros y con fuerte voz gritaban: “Uno, dos, tres y cuatro tenemos curas para rato”. Este grito era en contestación a todos los milicianos que por las tardes marchaban por las calles diciendo: “Uno, dos, tres y cuatro tenemos Fidel para rato”.

UNA MANIFESTACIÓN EN LOS MARISTAS

No pasaron dos días cuando la radio de Cienfuegos convocó a una manifestación en el colegio marista. Carros parlantes, tambores al son de conga, pancartas revolucionarias, consignas en contra de los curas. “Los curas para España si no a cortar caña”. Y otra más amenazante que decía: “paredón para los curas, paredón para los curas”. Todas estas consignas eran bailadas al son de la conga. Cuando vieron esto los alumnos no sabían como armarse para defenderse. Los niños pequeños llorando amargamente. Tuvimos que tranquilizarlos y nos hicieron caso los alumnos mayores. Menos mal que los que dirigían el mitin dijeron por el altavoz: “No toquen los muros del convento”. Pero seguían diciendo: “paredón para los curas”. Los padres se amotinaron en la puerta para recoger a sus hijos. Con permiso del cabecilla se dejó al director entregar a los alumnos a sus padres, uno por uno. A las 13:00 horas nos quedamos solos en el convento y con la angustia de y si llegan otra vez ¿qué hacemos? Los hermanos que eran cubanos se fueron a sus casas y nos quedamos cuatro religiosos a la expectativa.

VICENTE QUIERE HUIR

Personalmente preparé una cuerda para bajar desde el tercer piso a unas casas humildes donde nos conocían. Yo dormí tranquilo pero a las dos de la

⁷ Cobarde. (N.E.).

mañana, el hermano Antonio (Pititi) se levantó gritando: “levántense, que ahí vienen”. Nos levantamos asustados pero finalmente vimos que en las cercanías del colegio había una fiesta bailable. Nos reímos de Antonio y nos dormimos, excepto Pititi que estaba asustado.

DOS JUDAS EN LA CLASE

Las clases no se reanudaron, sino al tercer día de la manifestación. Alfonso y Rivero, los alumnos mayores y revolucionarios, estuvieron en la manifestación pidiendo: “paredón para los curas”. Pero lo más insólito fue que esos dos alumnos el día que se reanudaron las clases se presentaron al colegio. Apenas entraron, los demás alumnos los increparon por lo que habían hecho. A empujones y puñetazos los sacaron del colegio. En ese momento yo estaba en el patio pero hice como que no veía. Al mediodía vinieron los papás de Rivero con la espada desenvainada reclamando la conducta de los compañeros de su hijo. Me presenté con mucha entereza al locutorio y les dije — “¿cómo ustedes mandaron a su hijo al colegio después de pedir paredón para los curas? —Por falta de ética y pedir la muerte para mí y los hermanos, su hijo está retirado del colegio”. Aquí corté la conversación y el tal Rivero ya no osó llegar al colegio. Eso era por el mes de abril 1961.

INTERVENIDOS

Las clases estaban suspendidas y todo estaba en el aire. Se rumoreaba que los colegios privados serían confiscados o intervenidos. El día primero de mayo de 1961 había, como siempre, una manifestación en La Habana. Fidel Castro empezó su discurso a las 21:00 horas. Lo vimos por televisión hasta la una de la mañana. No aguantamos más y nos fuimos a dormir sabedores de que ese día y por ese discurso iban a intervenir el colegio.

A las 5:30 horas del día 2 nos levantábamos como de costumbre cuando, insistentemente, tocaban el timbre mujeres que vociferaban con palabrotas y palabras soeces y amenazantes. Bajamos ensotados preguntando qué deseaban. Cuando vieron nuestra seriedad y entereza se sintió que su fortaleza bajaba.

Todas las señoritas iban uniformadas de milicianas, no había ningún hombre —“Venimos a intervenir el colegio en nombre de Fidel Castro”. —Bueno, qué vamos a hacer. Me gustaría que subieran al tercer piso para que vieran lo que hay para que dejen de insultar y hablar de las mujeres de los curas”. Con esa especie de regaño se tranquilizaron y nosotros nos fuimos a

meditar y a desayunar. Después vino el interventor y un miliciano con un escopetón. El interventor nos pidió el libro de contabilidad. Se lo presentamos con la advertencia de que no había un centavo en caja. “Tonto sería si le diera a usted el dinero que nosotros hemos ganado. Usted no se ofenda pero la intervención del colegio es un robo. Mal sigue la revolución quitando a la gente sus propiedades. Puede precintar las clases, no así el tercer piso donde están nuestras pertenencias”.

Ante estos acontecimientos los superiores determinaron sacar de Cuba a todos los religiosos maristas. En un solo día salieron 183 por Pan American en un avión pagado de “Air Catholic”. Cinco religiosos nos quedamos en La Habana: Max, Pastrana, Natalio, Chávez y Chaperó.

EN EL COVADONGA

Chaperó y Chávez no teníamos pasaporte y tuvimos que esperar hasta el primero de julio para salir en el Covadonga. Fue una salida triste pues la gente nos apreciaba. Alegre porque íbamos a ver a nuestros padres y hermanos que hacía ocho años no veíamos. La gente nos preguntaba: ¿por qué se van? La contestación era rotunda. Porque Fidel nos echa.

Éramos 300 religiosos, casi todos religiosos los que íbamos en el barco Covadonga. Al soltar las amarras del barco, una gritería se oyó en el puente del barco: “Muera Fidel”, “Volveremos, volveremos”. De ahí al camarote pensando lo que había pasado y pensando en nuestro futuro. El viaje fue tranquilo y con un mar en calma maravilloso. Ocho años en Cuba, con una entrega total, con un éxito como docente y una realización plena. Tenía 27 años, pero aquí empezó la diáspora por el mundo, despertando y madurando nuestra personalidad.

UN AÑO EN SEVILLA

Después de una visita a la familia, tan esperada y anhelada, los superiores me mandaron a Sevilla. Era por el mes de agosto 1961-1962 cuando llegué a Sevilla. Todos los hermanos de la provincia de Andalucía me dieron la bienvenida y no sabían cómo agasajarme. Visitas por la ciudad, comidas opíparas, vinos jerezanos y buenos compañeros. Los frailes vivían como reyes comparado con nuestra austeridad en Cuba. La educación tenía una metodología represiva y a veces inhumana. Yo, para mis alumnos, era el hermano cubano que era especial porque compartía con ellos y además no pegaba.

Viví intensamente la Semana Santa sevillana. El Viernes Santo vi la salida de la Macarena y la Trianera. Esa noche llegué a las cuatro de la mañana al convento. Por supuesto que era excepcional mi salida por la noche. Ningún cura había visto tales procesiones. Sevilla entera estaba en las calles viendo estos espectáculos religiosos. Los turistas estaban maravillados por el fervor religioso y la pomposidad de las procesiones. Pero los curas estaban durmiendo y roncando a pierna suelta. Vivían en aquel ostracismo religioso desencarnado y aislado de la realidad. Como ven, la España de ayer no tiene que ver con la España de hoy. De una España medieval a una España moderna. Al terminar el curso en el 62 me mandaron al segundo noviciado a Francia cerca de Lyon. Tranquilidad, sosiego y meditación sin cuestionarnos mucho. El nuevo destino fue El Salvador a una población de oriente, San Miguel.

GUATEMALA, MI SEGUNDA PATRIA

Estuve medio curso en El Salvador y en el 63 estaba en Guatemala, en el Liceo Guatemala. Éramos todo un ejército de religiosos, pues era una comunidad de 40. Había choque entre los que veníamos de Cuba o de dar vueltas por el mundo y los centroamericanos. El choque se daba por las edades, por la visión de la pedagogía y la finalidad de la vida religiosa. La evolución se dio con la llegada de un nuevo director, don Max Mediavilla. Un hombre de visión profética, muy preparado y con fuerza innovadora. Se dividieron las comunidades de primaria y secundaria y don Max pasó con nosotros a secundaria. Éramos 20 de los cuales 17 éramos jóvenes. El colegio se dinamizó en todos los aspectos. Se puede decir que del 63 al 70 fue la época de oro del Liceo Guatemala. El Concilio Vaticano II fue una luz de esperanza para los jóvenes que sentíamos la innovación de la vida religiosa. Personalmente, además de animar el básquet con las porras, me encargué de formar la J.E.C. (Juventud Estudiantil Católica). Más tarde iniciamos el movimiento de Jornadas de Vida Cristiana con todos los colegios de Guatemala.

LA GLORIOSA PROMOCIÓN DEL 69

Empecé a dar clase en el Liceo Guatemala en el año 1963 en 6.º grado y cada año iba subiendo con los alumnos todos los grados de secundaria. Nos identificamos mucho con los alumnos de la promoción del 69. Al tener distinta visión pedagógica los alumnos sintonizaron con los jóvenes hermanos. La amistad tiene que ser conjugada con la autoridad. Ese fue uno de los puntos en que giraba la nueva postura. A pesar de ser un colegio tan numeroso de alumnos, conocíamos a todos e íbamos modelando su personalidad. Sus problemas afectivos, su comprensión de los errores y la comunicación con los

padres de familia hicieron un grupo unido. Se conoce con el nombre “la gloriosa del 69 Vicente Chaperó”. Así les decía el director.

ROMA Y...

Por mi inquietud los superiores me mandaron a estudiar a Roma Teología Pastoral. El primer año 1968-1969 estuve en el Pontificio Ateneo Salesiano. De 1969-1970 pasé a la Universidad Lateranense. Fueron dos años de mucha reflexión, de lectura y de análisis de todos los cursos. Se afianzaron en mí principios que me ayudaron a ser más persona, más libre y más firme. Sintonzaba profundamente con todos los profesores que tenían visión de futuro. El aire fresco que el Vaticano II quería que entrara por las ventanas de la iglesia, entró en mí por la puerta y refrescó mi conciencia. Tenía que quitar la pátina que el tiempo había dejado en los muros de la Iglesia y en la conciencia de las normas religiosas. Montones de leyes, reglamentos, órdenes que hacían a los hombres rutinarios, mecánicos y nada analíticos. La Iglesia era como una vieja gorda que es difícil que camine.

VICENTE SUPER ESTRELLA (Y DESTERRADO)

La llegada a Guatemala en el año 71 fue expectante para unos y de encontronazo con otros. Hombre con pelo largo, camisa butano ceñida, pantalón blanco y zapatos café era Vicente. El director don Max me felicitó con reparo: “Lo malo es que a los alumnos les prohibimos que vinieran con pelo largo y tú te presentas como Jesucristo Superstar. Bueno, son formas. Los alumnos han visto en ti a su salvador. Aprovecha este liderazgo para orientarlos”. Pasé por las clases dando la catequesis y era una aceptación plena. Para entonces hice contacto con los dirigentes de la J.E.C. Los observé en una fase espiritualista no comprometida con nada. Habían surgido dentro de la J.E.C. los emproístas⁸, carismáticos, etc. Me quedé un tanto decepcionado pues los había dejado en una visión más realista y comprometida con lo que Guatemala necesitaba: la toma de conciencia y compromiso con la realidad. Las jornadas de Vida Cristiana desaparecieron y los encargados estaban en otra onda. Claro que me había preparado en Roma para animar la pastoral juvenil. La situación política era cada día más grave y con menos apertura a cualquier idea. Todos los que teníamos alguna idea humanista, éramos comunistas. Los pastores o jerarcas de la Iglesia seguían durmiendo en las teologías medievales.

⁸ El autor del relato se refiere a los seguidores del Movimiento Emproísta que es un movimiento Internacional católico que agrupa a jóvenes de 14 países de América y Europa, que tiene por objetivo evangelizar al joven por el joven. (N.E.).

Los alumnos me recibieron como el salvador y el superior provincial no encontraba cómo atacarme, un provincial que estaba de cara al Padre y de espaldas al mundo espiritual, sin experiencia, docente e impositivo. No nos pudimos entender y aunque estaba destinado al Liceo Guatemala me mandó a San Miguel (El Salvador). Era como un destierro, un castigo por mis ideas rebeldes. San Miguel era un pueblo caluroso, humilde pero afable. El Salvador estaba gobernado por militares y San Miguel tenía un obispo (Monseñor Álvarez) déspota y con cara de militar. Él fue el que bendijo los tanques que pasaron por San Miguel por la Guerra del Fútbol⁹.

Yo asistía a Monseñor Romero en la misa de las 12:00 horas en la catedral. Los cantos y las exhortaciones eran mi misión. En alguna reunión dije que el obispo, como autoridad eclesiástica, nunca tenía que haber bendecido los tanques de la guerra si eran mensajeros de Jesús. En otra oportunidad, acompañé a unos campesinos en una manifestación por el centro de la ciudad. Entonaron cantos con mensajes de denuncia y protesta. Me hizo pensar aquella expresión tan real: “Cuándo querrá el Dios del cielo, que la tortilla se vuelva, que los pobres coman pan y los ricos coman mierda”.

UN PROVINCIAL LLAMADO PASTRANA

Un día llegó un emisario del provincial Pastrana para indicarme cómo un coronel (no decía el nombre) indicaba a los superiores que yo había pronunciado un discurso subversivo. “Bueno, sería conveniente que lo oyéramos, porque no tengo conciencia de que yo haya pronunciado ningún discurso. Esto es una calumnia y esto no se puede quedar así. Si somos hermanos tenemos que defendernos”. El emisario era Zósimo. Se quedó un tanto perplejo y no dijo nada. A los pocos días me llegó una carta del provincial del hermano Pablo Valentín. La carta decía: “hermano Vicente Chaperó tiene que trasladarse a Catacocha el día 15 de julio. Lo espero en Quito (Ecuador)”. Le envié una carta de inmediato un poco fuerte. “Usted ni me defendió de las insidias del coronel y ahora me destierra a Catacocha. Usted me da una orden sin consultarme. Yo no soy pieza de ajedrez y no me voy a Ecuador. Sería bueno que leyera el artículo 14 de la nueva Constitución marista que dice que la obediencia tiene que ser dialogada. Me voy a Guatemala para pensar sus decisiones alocadas. Escribiré una carta al superior general para contarle todo lo acontecido y sus posturas y órdenes inconstitucionales. En la casa provincial lo espero”.

⁹ Breve enfrentamiento bélico –también conocido como “La Guerra de las 100 horas”– entre Honduras y El Salvador que tuvo lugar entre los días 14 y 18 de julio de 1968. En el párrafo siguiente se mencionó al Monseñor Romero, quien en marzo de 1980 sería asesinado mientras oficiaba misa. (N.E.).

El provincial dio la vuelta al mundo y al cabo de dos meses llegó al internado o casa provincial, mientras yo escribía quince páginas de irregularidades e incumplimientos de la nueva Constitución. El piadoso Provincial quedó sumamente enojado por la contestación que le hizo Roma a mi carta. Me habló incomodadísimo y citó al Consejo provincial y a mi persona. Ellos se sintieron en el banquillo de los acusados y yo repetí todas las denuncias. Roma indicaba en su nota que me esperara en Guatemala hasta no aclarar las cosas. En octubre llegó la contestación de Roma indicándome que obedeciera. En ese mismo momento pedí la revocación o anulación de mis votos pues no pensaba seguir en la congregación. En ese momento el Pastrana se convirtió en una malva: “No se retire, le puedo ofrecer otra cosa, yo había pensado...”. A lo que yo contesté: “Mejor no siga. La suerte ya está echada. Dios me quiere feliz como he sido y ahora no lo soy. Usted ha hecho una estructura religiosa tan estrecha que aquí sólo saben los conformistas. Yo calzo el 42 y usted me quiere poner un zapato 36. Usted ha sido un hombre fracasado en la docencia y yo he sido un hombre de éxito. Yo sí soy hijo de Champagnat. Usted siga de cara al Padre y de culo al mundo”. La dispensa de los votos me llegó en los primeros días de diciembre.

CAMBIO DE ESTADO

El día 8 de diciembre, el día de la Inmaculada, dejo el convento. Un tanto decepcionado y al mismo tiempo expectante de lo que iba a suceder. Una nueva vida me esperaba. Doscientos quetzales tenía en mi bolsillo. Fui a vivir con un grupo de excombatientes de la vida religiosa. Mis hermanas me llamaban desde España. En enero empecé a trabajar en el Liceo Javier. Dos años de entrega dando clase de literatura. También empecé la carrera de Psicología, ya que el diploma de Psicopedagogía de Roma no puede hacer equivalencias.

Dejar 20 años de vida religiosa y con abundantes clases y alumnos. Los “pobres” religiosos no tenían dinero y como no iba a ir a España tampoco me dieron el billete. El caritativo ecónomo provincial me dio 200 quetzales y un “que Dios te bendiga”. Aquí no quedó la cosa. El provincial comunicó al monseñor cardenal Casariego que yo me quedaba en Guatemala. Monseñor Casariego me consideraba peligroso para la Iglesia y el Provincial podría servir de escándalo para los que se quedaban en la vida religiosa. El cardenal, hombre político, dio la orden o avisó a Migración que tenía que salir del país. Yo era amigo de monseñor Martínez Lejarza (obispo auxiliar) y una mañana me presento en su oficina en la iglesia Santa Rosa. “¡Cómo! ¡Es posible!”, exclamó monseñor. Mañana a las 9:00 horas te vienes y vamos a hablar con el coronel Lemus, Director de Migración. Así fue, nos recibió con mucha camaradería y

me miró el pasaporte. “Tienes visa temporal de estudiante y se vence. Déjame el pasaporte”. Me dio visa por cinco años. “Vienes pasado mañana para recoger el pasaporte”. Dimos un palmo de nariz¹⁰ al cardenal. Pronto tramité la ciudadanía y en el Ministerio de Relaciones Exteriores, me esperaba el ingeniero Alfredo Oviols, viceministro de Relaciones Exteriores. En cuanto me vio exclamó: “¡Qué bueno que se haga guatemalteco! ¡Hombres como usted nos hacen más digna la Patria!”. Así me abrieron el camino de la patria Guatemala.

Me acordé de lo que le dije a don Max el día que determiné salir de la congregación. Don Max estaba preocupado y me dice: “Qué bueno que te salgas porque denota valentía ante la vida. Otros se quedaron porque tienen todo asegurado, pero sin vocación. Me preocupa porque aquí tienes tu pedestal y ahora te toca caminar por piso plano” a lo que yo le contesté: “El pedestal no me preocupa. Yo haré mi pedestal con todos los chapines que me quieren”.



Pueblo natal del autor.



El autor viajando hacia Roma.



El autor, Vicente Chaperó.



El autor en Guatemala.

¹⁰ Dejar sorprendido a alguien. (N.E.).